

Literatura universal

Edgar Allan Poe

El gato negro

Traducción de
Vicente López Folgado



Octaedro  Biblioteca básica

El gato negro

 Biblioteca básica

Edgar Allan Poe

El gato negro

Traducción de Vicente López Folgado

Octaedro  Editorial

Colección Biblioteca básica. Serie Clásicos universales

El gato negro, de Edgar Allan Poe

Traducción de Vicente López Folgado

Primera edición en papel: mayo de 2012

Primera edición: octubre de 2014

© De esta traducción: Vicente López Folgado

© Derechos exclusivos de esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

www.octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-649-2

Realización y producción: Editorial Octaedro

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Ilustraciones interior y cubierta: Candela Pérez Júlvez

Digitalización: Ediciones Octaedro

Introducción

El autor: Edgar Allan Poe

E. A. Poe es considerado el padre del relato detectivesco moderno y el cuento de terror. Fue muy apreciado en Europa, sobre todo por parte de escritores franceses e ingleses, después de 1870.

Se ha dicho a menudo que hay dos personalidades en Edgar A. Poe: el escritor de cuentos fantásticos, en los que prima el reino de la imaginación, y el escritor de relatos de misterio, en los que sobresalen las operaciones de una facultad razonadora y lógica.

El joven Edgar se vio en la acuciante necesidad de crearse para sí un mundo de libertad propio por medio de sus propias obras. Atormentado por su propia existencia precaria, por el mundo lleno de horror, se refugió en la intoxicación alcohólica y en los estupeficientes. En sus obras quiere demostrar que el arte de la deducción del intelecto humano es capaz de resolver la ecuación más compleja, los más irresolubles enigmas y criptogramas. La clarividencia casi matemática, el cálculo objetivo y la fría racionalidad científica, parece decirnos Poe, es a menudo una envoltura que encierra arcanos que nos pueden aterrar. Poe ansiaba ser leído y querido por la multitud de sus lectores. Eligió sus temas, como «doble» del narrador del relato, para atraer como un imán a lectores marginados como él, para infundir en ellos el terror que él sentía en su turbulenta existencia.

Su vida

Edgar Allan Poe nació en Boston en 1809, hijo de actores de teatro que fallecieron cuando aún era un niño de corta edad. Edgar y sus dos hermanos, Henry y Rosalie, fueron adoptados por distintos familiares. Edgar fue adoptado por su tío John Allan, comerciante de Richmond, Virginia. Cuando tenía solo seis años fue con sus tíos a Londres, donde estudió en un colegio de Chelsea, y permaneció en Inglaterra cinco años. De vuelta a América, continuó sus estudios hasta entrar en la Universidad de Virginia a los 17 años. Allí comenzó a publicar poemas y a llevar una vida de austeridad, ya que apenas le daba su adinerado tío suficiente dinero para vivir. Aunque se sabe que fue un buen alumno de latín y francés, pronto sucumbió al alcohol y al juego, y, en menos de un año, tuvo que abandonar sus estudios. Su tío le retiró su apoyo, de modo que se alistó en el ejército durante dos años e incluso se alistó por un breve período en la Academia Militar de West Point, de donde sería expulsado.

En Nueva York vivió en la penuria y publicó algunas poesías, al tiempo que envió a varios periódicos sus cuentos, que fueron rechazados. Su tío, John Allan, murió en 1834 sin dejar ni un solo dólar de su rica herencia a Edgar. Huyendo de la pobreza extrema que padeció en la gran urbe, decidió buscar fortuna en Baltimore, donde vivió entre 1831-35. Aunque apenas tuvo ingreso alguno para vivir, inició su colaboración con el periódico *Saturday Courier*, de Filadelfia, que le publicó algunos cuentos.

Al fin, en 1835 consiguió en Richmond un empleo de editor asistente en el periódico *Southern Literary Messenger* tras ganar un premio con un relato. En 1836 se casó con su prima, Virginia Clemm, de 13 años de edad. Durante esos dos años de trabajo, el periódico creció en ventas. Sin embargo, debido a las pésimas condiciones de su mal remunerado trabajo, abandonó ese empleo y se fue primero a Nueva York, de nuevo, y luego a Filadelfia en 1838. Escribió por entonces *The Narrative of Arthur Gordon Pym*. Su primer volumen de relatos «góticos» es de 1839: *Tales of the Grotesque and Arabesque*, aunque no le reportó ganancia alguna a su maltrecho bolsillo. Al poco tiempo, y debido a su carácter antisocial causado por el alcohol, fue despedido para refugiarse en otra revista, *Graham's Magazine*, de la que fue coeditor, cuando estaba ya en el apogeo de su capacidad creadora. Durante el período de dos años de edición de esta revista, sus ejemplares aumentaron más del triple.

A pesar del éxito editorial, Poe abandona la revista porque desea editar una por cuenta propia. Pero fracasó en el intento. Y tampoco tuvo mucho éxito con la venta de sus relatos cortos. Buscó de nuevo trabajo y lo consiguió como editor de *The Broadway Journal*, de Nueva York. En poco más de un año volvió a estar desempleado, debido a la situación ruinososa del periódico. Por entonces, su mujer había enfermado y en 1847 falleció. Su estado

de depresión extrema duró varios meses.

En 1849 inició Poe una vida de vagabundo urbano entre Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Richmond, sin asentarse definitivamente y malviviendo como un pordiosero y de la caridad de amigos y allegados. A finales de ese mismo año, tras ser recogido inconsciente en la calle, según unas fuentes, y en un prostíbulo, según otras, de la ciudad de Baltimore, fallecía días después, a la edad de 40 años, en el hospital de esa ciudad en cuyo cementerio yace enterrado.

Su obra

Su obra es muy variada y original. Ha ejercido a lo largo del tiempo una influencia arrolladora tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo, y sus lectores son los de más amplia gama. Sus relatos aparecen en la literatura popular, en los medios actuales de comunicación social, como el cine o la televisión, así como en otros medios estéticos, como las artes plásticas o la música.

Se ha reconocido que los mejores relatos de Poe son góticos, un género que estaba en alza en su época. Todavía resonaban los ecos de las novelas góticas inglesas decimonónicas, como *El Monje*, *El Castillo de Otranto* o el propio *Frankenstein*, en las que se abordaban los arcanos de la vida y la muerte. La lectura de los románticos ingleses dejó huella en sus relatos, sobre todo S. T. Coleridge (*La rima del viejo marinero*), Lord Byron y Alfred Tennyson, sus mundos arcanos e imaginativos.

En su obra, publicada primero en revistas periódicas —llegó incluso a crear una propia, *The Penn Magazine* (luego llamada *The Stylus*)— dio en el clavo con lo que sus lectores buscaban al utilizar elementos de las ciencias parapsicológicas y otras pseudociencias especializadas, como la frenología, la fisionomía, la criptografía, etcétera, que estaban en auge en la cultura popular del momento. En estas existía gran interés por la muerte y todo lo que la rodeaba, incluidos sus efectos físicos en las personas; sin duda, herencia del romanticismo gótico anterior.

Edgar pretendía vivir exclusivamente de la literatura, cuando pocos se atrevieron a hacerlo en su tiempo. En 1943 publicó una selección de sus narraciones, pero no se vendieron bien. Al menos, su famoso relato «The Gold Bug» («El escarabajo de oro») le reportó nada menos que cien dólares, pero eso fue excepcional, ya que apenas le alcanzaba para mantener a su familia con sus colaboraciones en revistas. Según algunos biógrafos, llegó a vender 300.000 ejemplares de su relato del escarabajo de oro, todo un *bestseller* para su época, pero le duró poco el dinero.

Con su poesía y su narrativa influyó en escritores de su época, sobre todo en Francia.

El relato «El gato negro» se publicó por vez primera en el periódico *United States Saturday Post*, en 1843. El gato como símbolo del mal tiene una larga tradición en Occidente. En la supersticiosa Edad Media llegó incluso a representar a Satanás al visitar la tierra; era el animal de compañía de las brujas. En el romanticismo se puso de moda como animal literario por excelencia, por su aire misterioso, sus ojos relucientes y su aparente serenidad. Poe mismo tuvo en casa ese animal doméstico. Pero en realidad, el gato es aquí la víctima de los desvaríos y alucinaciones, por no hablar de los instintos criminales del narrador. De nuevo tenemos el tema del «crimen perfecto» planeado fríamente por un asesino inteligente y calculador. En su interior, el propio narrador lucha contra sus insatisfacciones y frustraciones acrecentadas por el alcoholismo, y trama una venganza inmolando al inocente animal, por el que sentía gran afecto.

El gato es el ojo acusador, su propia conciencia, capaz de examinar su psique desviada y enloquecida. Su maldad psicopática le lleva a asesinar a su propia esposa, pues sus instintos asesinos solo la policía puede detenerlos, que aparece inesperadamente para restablecer el orden y la justicia y castigar la maldad.

El gato negro

Edgar Allan Poe



No espero ni solicito para el más terrible y, sin embargo, sencillo relato que hoy me dispongo a redactar, que se le conceda crédito alguno. Loco, en verdad, estaría si tuviera esa esperanza, tratándose de un caso en el que hasta mis sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y les aseguro que no estoy soñando —ni mucho menos—. Pero pronto voy a morir y hoy quisiera desahogar mi alma. El objetivo inmediato que pretendo es presentar ante todo el mundo, de forma llana, resumida y sin más comentarios, una serie de meros acontecimientos domésticos. Entre sus consecuencias está el hecho de que estos sucesos me han aterrorizado, me han torturado, me han aniquilado. Pero no intentaré darles una explicación. A mí no me han aportado sino horror, y a muchos les parecerán más estafalarios que terribles. A partir de ahora, tal vez aparezca alguna mente que reduzca mis fantasmas a algo corriente y normal; una mente más serena, más lógica y mucho menos emocional que la mía, que va a percibir, en las circunstancias que con espanto describo aquí, nada más que una normal sucesión de causas y efectos de lo más naturales.

Desde mi niñez me distinguí por mi carácter dócil y afectuoso. La dulzura de mi talante era tal, que me convertí en objeto de las burlas de mis compañeros. Sentía una especial predilección por los animales, y mis padres me complacieron dándome una gran variedad de animalitos domésticos. Con ellos pasaba la mayor parte del tiempo y nunca estaba más feliz que cuando les echaba de comer o los acariciaba. Este extraño carácter mío se acrecentó a medida que yo iba creciendo y, ya en mi madurez, constituyó una de mis mayores fuentes de placer. Para aquellos que han sentido afecto por un perro fiel e inteligente me ahorraré el esfuerzo de explicarles la naturaleza y la intensidad del gratificante gozo que eso proporciona. Hay algo en el cariño desinteresado y abnegado de un animal que llega directo al corazón de quien ha tenido ocasión frecuente de poner a prueba la mezquina amistad y la endeble fidelidad del simple hombre.¹



Me casé joven y tuve la dicha de encontrar en mi mujer un carácter que, en general, congeniaba con el mío. Observando ella mi afición a los animales domésticos, no perdió ocasión alguna de traerme aquellos que me eran más agradables. Tuvimos pájaros, peces de colores,² un hermoso perro, conejos, un monito y un gato.

Este último era un animal hermoso y de gran tamaño, enteramente negro, y además

inteligente hasta extremos asombrosos. Al hablar de su inteligencia, mi esposa que, en el fondo, era bastante supersticiosa, mencionaba con frecuencia la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros brujas disfrazadas. No es que se tomara esto siempre en serio; si menciono el asunto, es tan solo porque casualmente ha salido justo ahora a relucir el tema.

Pluto³ —tal era el nombre del gato— era mi animal favorito y compañero de juegos. Solo yo lo alimentaba y dondequiera que fuera de la casa me seguía. Incluso me costaba trabajo impedir que me siguiera por la calle.



Nuestra amistad duró, de esta guisa, varios años, durante los que mi temperamento y mi carácter, por mediación del diablo Intemperancia, habían sufrido —me avergüenza confesarlo— un cambio radical hacia peor. Cada día me iba volviendo más huraño, más irritable, más indiferente a los sentimientos de los demás. Llegué a tratar a mi esposa con palabras soeces. Incluso llegué, al final, a utilizar la violencia contra ella. Mis animalitos, por supuesto, sufrieron el cambio de mi talante. No solo los desatendí, sino que me

comporté cruelmente con ellos. Sin embargo, por Pluto sentía aún suficiente afecto y consideración que me impedía maltratarlo, pero no tuve, en cambio, escrúpulo alguno en maltratar a los conejos, al mono e incluso al perro cuando, por casualidad o por afecto, se cruzaban en mi camino. Pero mi enfermedad me iba venciendo —sí, porque ¿qué enfermedad hay peor que el alcohol?— y con el tiempo incluso Pluto, que ya estaba envejeciendo, y por lo tanto un poco malhumorado, comenzó a sentir los efectos de mi mal temperamento.

Una noche, al volver a casa bastante ebrio de una de mis correrías por la ciudad, se me metió en la cabeza que el gato me evitaba. Lo agarré, pero él, espantado de mi violenta acción, me hizo con los dientes una pequeña herida en la mano. Al instante, toda la furia de un demonio se apoderó de mí. Ya no me conocía a mí mismo. De repente, mi alma original pareció salir volando de mi cuerpo, y una más que diabólica maldad, empapada en ginebra, hizo estremecerse a cada una de las fibras de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas,⁴ lo abrí, agarré del cuello al pobre animal, y ¡deliberadamente le saqué un ojo de su cuenca! Siento vergüenza, consternación y estremecimiento cuando escribo ahora esta odiosa atrocidad.

Cuando la mañana me devolvió el normal raciocinio, cuando se disiparon los vapores de la embriaguez nocturna sentí una sensación mitad de horror, mitad de remordimiento por el delito del que era culpable. Pero era, a lo sumo, un sentimiento endeble y ambiguo, que en nada me afectaba al alma. De nuevo recaí en los excesos étlicos, y pronto ahogué en vino todo recuerdo de aquella acción.



Mientras tanto, el gato se recobró poco a poco. La cuenca vacía del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto horrible, pero no parecía ya sufrir dolor alguno. Como de costumbre, daba vueltas por la casa, pero, como cabía esperar, huía aterrorizado cuando yo me aproximaba. Yo conservaba aún bastante de mi antiguo afecto como para sentir pena ante el evidente rechazo del animal que tanto me había querido antes. Pero este sentimiento pronto cedió paso a la irritación. Y a continuación vino, como apuntando a mi final e irremisible perdición, el espíritu de la perversidad. Tal espíritu ni siquiera lo explica la filosofía. Sin embargo, aún más seguro de que mi alma vive, estoy seguro de que esa perversidad es uno de los impulsos primitivos del corazón humano, una de esas invisibles facultades, o sentimientos, que rigen y guían el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cientos de veces realizando una acción vil o vulgar sin otra razón que la de saber que no debería realizarla? ¿No poseemos una constante inclinación, muy a pesar de nuestro mejor juicio, a infringir aquello que es ley, simplemente porque sabemos que lo es? Este espíritu de perversidad, repito, vino a asistir a mi perdición final. Fue esta ansia inexplicable del alma de autocastigarse, de ejercer violencia sobre su propia

naturaleza, de hacer el mal solo por el mal mismo, lo que me empujó a continuar y a consumir finalmente la tortura que había infligido al inocente animal. Una mañana deslicé, a sangre fría un nudo corredizo por su cuello y lo colgué de la rama de un árbol; lo ahorqué con los ojos llenos de lágrimas y con el más amargo dolor de corazón. Lo colgué porque sabía que me había amado y porque sentí que no me había dado motivo alguno de ataque. Lo ahorqué porque al hacerlo estaba cometiendo un pecado; un pecado mortal que estaba poniendo en peligro mi alma inmortal, de tal modo que la colocaba —si tal cosa pudiera ocurrir— más allá del alcance, incluso, de la misericordia infinita del más misericordioso y más terrible Dios.



Por la noche de ese día en que se cometió ese acto de crueldad me despertó del sueño un grito de «¡fuego!». Las cortinas de mi cama estaban en llamas. Toda la casa estaba ardiendo. Con gran dificultad mi mujer, un criado y yo mismo pudimos escapar del incendio. La destrucción fue total. Todas mis riquezas materiales se esfumaron y, desde ese día, me resigné a la desesperanza.

No voy a caer en la tentación de establecer una relación de causa-efecto entre el desastre y la atrocidad. Pero voy a detallar una serie encadenada de hechos, y no deseo dejar de lado siquiera un posible eslabón. El día que siguió al incendio fui a visitar las ruinas. Las paredes se habían derrumbado todas excepto una. Tal excepción resultó ser un tabique interior, no muy grueso, que se ubicaba en mitad de la casa y contra el que se apoyaba la cabecera de mi cama. El enlucido de yeso había resistido aquí, en buena

medida, la acción del fuego, un hecho que yo atribuí a que lo habían puesto recientemente. En torno a ese tabique se había reunido un gran gentío, y muchos parecían examinar con minuciosa y viva atención una parte concreta del mismo. Las palabras «¡extraño!», «¡raro!», entre otras expresiones similares, despertaron mi curiosidad. Me aproximé allí y contemplé, como esculpido en bajorrelieve, sobre la superficie blanca, la figura de un gato gigantesco. La reproducción había sido realizada con una exactitud verdaderamente maravillosa. Había una cuerda alrededor del cuello del animal.



Cuando contemplé al principio esta visión, pues no podría considerarla de otra manera, mi asombro y mi terror eran absolutos. Pero finalmente, la reflexión vino en mi auxilio. El gato —recordé— había sido colgado en un jardín que lindaba con la casa. Debido a la alarma de fuego, este jardín se había llenado inmediatamente de gente. Alguno de ellos debió de haber cortado la cuerda del animal colgado del árbol y haberlo arrojado, a través de una ventana abierta, a mi dormitorio. Esto lo habían hecho probablemente con el propósito de despertarme. El derrumbe de otros tabiques había aplastado la víctima de mi crueldad hasta mezclarla con el yeso recién extendido, cuya cal, unida a las llamas y al amoníaco del cadáver, había formado el retrato tal como lo veía.

Sin embargo, aunque de esta forma diera explicaciones inmediatas a mi razón, si no del todo a mi conciencia, del sorprendente hecho recién descrito, tal incidente no dejó de causar una honda impresión en mi mente. Durante meses no pude librarme del fantasma

del gato y durante este tiempo volvió a invadir mi espíritu un vago sentimiento que parecía, pero no era, remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal, y a buscar en mi entorno, de entre los barrios inmundos que por entonces frecuentaba, otro animal de compañía de la misma especie, y de aspecto algo semejante, que ocupara su lugar.

Una noche en que estaba sentado y medio aturdido, en un antro de lo más deleznable, atrajo súbitamente mi atención un objeto negro que estaba colocado sobre la tapa de uno de los grandes toneles de ginebra, o de ron, que constituían el mobiliario más importante del lugar. Había estado mirando fijamente la tapa de este tonel durante unos minutos y lo que me sorprendía era el hecho de que no hubiera reparado antes en el objeto situado encima. Me acerqué y lo toqué con la mano. Era un gato negro, un ejemplar muy grande, tan grande como Pluto; y se asemejaba mucho a él en todo, salvo en un rasgo. Pluto no tenía un solo pelo blanco en ninguna parte de su cuerpo, pero este gato mostraba una mancha grande e informe de color blanco que cubría casi toda la zona del pecho.



Al tocarlo, se levantó de inmediato, ronroneó en voz alta, se restregó contra mi mano y parecía encantado de que le prestara atención. Se trataba, pues, del animal que andaba buscando. Al momento le propuse al dueño del lugar comprárselo; pero el hombre dijo no ser dueño de él, nada sabía de él, no lo había visto nunca. Proseguí con mis caricias y, cuando me dispuse a ir a casa, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Le permití hacerlo; de vez en cuando me agachaba a acariciarlo según íbamos andando.

Cuando llegamos a casa, el animal se hizo pronto a la vida doméstica, y al poco se convirtió en el gran favorito de mi mujer.

En cuanto a mí, pronto comencé a sentir manía por él. Era justo lo contrario de lo que había previsto; pero —no sé cómo ni por qué ocurrió— su afecto evidente hacia mí me molestaba y me enojaba bastante. Poco a poco, estos sentimientos de disgusto y enojo dieron paso a la amargura del odio. Yo procuraba no ver al animal; un cierto sentido de vergüenza y el recuerdo de mi cruel fechoría de antaño me impedían maltratarlo físicamente. Durante semanas no lo golpeé ni lo maltraté de ninguna forma. Pero poco a poco, muy gradualmente llegué a mirarlo con un desprecio indecible, y a escapar a hurtadillas de su odiosa presencia, como quien huye de un aliento apestoso.



Lo que, sin duda, aumentó mi odio por el animal fue el descubrir, a la mañana siguiente de llevármelo a casa, que también le faltaba uno de los ojos, como a Pluto. Tal incidente, no obstante, solo sirvió para que se encariñara más con él mi mujer, quien, como ya he dicho, poseía en sumo grado esa humanidad de sentimientos que otrora había sido el rasgo distintivo de mi personalidad, así como fuente de muchos de mis más sencillos y puros placeres. Sin embargo, cuanto mayor era mi aversión hacia el gato, más parecía crecer el afecto del gato por mí. Seguía mis pasos con una persistencia que sería difícil de hacer comprender al lector. Dondequiera que me sentara, se acurrucaba bajo mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome de sus odiosas caricias. Si me levantaba para pasear, se metía entre mis pies casi haciéndome caer, o, clavando sus largas y afiladas uñas en mi ropa, trepaba por ella de esta forma hasta el pecho. En esos momentos, aunque me habría gustado liquidarlo de un golpe, me contenía en parte el recuerdo de mi anterior crimen, pero, sobre todo —déjenme confesarlo—, el miedo atroz que le tenía.

Este miedo no era exactamente el que se tiene a un daño físico y, sin embargo, no

sabría exactamente cómo definirlo de otra forma. Casi me avergüenza admitir —sí, incluso en esta celda carcelaria, casi me avergüenza admitirlo— que el espanto y el pavor que me inspiraba el animal se había acrecentado por una de las más simples quimeras que concebirse pueda. Mi mujer me había llamado la atención más de una vez sobre el detalle de la mancha de pelo blanco —de la que he hablado— y que constituía la única diferencia visible entre este extraño animal y el que yo había liquidado. Recordará el lector que esa mancha, aunque era extensa, al principio era muy indefinida. Pero, gradualmente, a pasos casi imperceptibles (que durante mucho tiempo mi razón se resistía con fuerza a admitir por fantasiosos) había terminado por adquirir una precisa nitidez de contornos. Era la imagen de un objeto cuya sola mención me hace temblar; y por esta causa, sobre todo, odiaba y temía al monstruo; y de haberme atrevido, me habría deshecho de él. Como decía, era la auténtica imagen de una cosa odiosa y siniestra: ¡de la horca! ¡Oh, tétrica y terrible máquina de horror y de crimen, de agonía y de muerte!

Y entonces, en verdad me convertí en un ser desgraciado que sobrepasaba en desdicha a todo el género humano. ¡Y una bestia irracional, cuyo congénere había aniquilado yo sin piedad; una bestia irracional que provocara en mí —en mí, que soy un hombre creado a la imagen y semejanza del Altísimo— tanta y tan insoportable angustia! ¡Ay, que ni de día ni de noche volví a conocer la bendición del reposo! Durante el día, el animal no me dejaba en paz ni un momento, y durante la noche me despertaba sobresaltado, a cada hora, de sueños de indecible pavor, para sentir el aliento caliente de la cosa en mi rostro y su enorme peso (encarnación de una pesadilla de la que no era capaz de escapar) oprimiéndome eternamente el corazón.

Bajo la presión de tales tormentos, sucumbió lo poquísimo de bueno que en mí quedaba. Los pensamientos malignos se habían convertido en mis únicos aliados, los más oscuros y más malignos pensamientos. Mi habitual temperamento taciturno se transformó en odio a todas las cosas y a toda la humanidad; mientras que mi resignada esposa, ¡ay!, era la más habitual y la más paciente de las víctimas de los ataques de ira repentinos, frecuentes e incontrolables por los que ahora de forma ciega me dejaba llevar.

Un día, ella me acompañó, con motivo de un recado doméstico, al sótano del viejo edificio donde nos vimos obligados a vivir debido a nuestra pobreza. El gato me siguió por las empinadas escaleras abajo, y me enojé en grado sumo al hacerme casi caer de bruces. Levantando un hacha y olvidándome, en mi estado de ira, del pánico infantil que hasta entonces había detenido mi mano, traté de asestar con fuerza un golpe al animal que, por supuesto, hubiera resultado mortal al instante, de haber acertado como yo quería. Pero este golpe fue detenido por la mano de mi mujer. Lleno de un furor más que demoníaco, debido a la intromisión, solté el brazo que ella me agarraba y hundí el hacha en su cráneo. Cayó muerta en el acto, sin un gemido.



Una vez cometido este horrendo crimen, me dispuse deliberadamente a la tarea de ocultar el cuerpo de inmediato. Sabía que no podría sacarlo de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de ser visto por los vecinos. Me asaltaron varias ideas. En cierto momento pensé en cortar el cadáver en fragmentos diminutos y luego destruirlos en el fuego. En otro momento, lo que se me ocurrió fue cavar una tumba en el suelo del sótano. Otra vez sopesé la posibilidad de arrojarlo al pozo del patio, o de embalarlo en

una caja, como si fuera una mercancía, con todos los preparativos habituales, y después llamar a un mozo para llevárselo de casa. Finalmente, di con una idea que consideré mucho más eficaz que ninguna de las anteriores. Decidí emparedarla en el sótano — como se cuenta que hacían los monjes de la Edad Media con sus víctimas.

A tal fin, el sótano era el lugar idóneo. Tenía unas paredes poco sólidas y no hacía mucho que lo habían enlucido entero con un yeso basto, que no se había llegado a endurecer debido a la humedad ambiental. Aún más, en una de las paredes había un saliente producido por una falsa chimenea o fogón, que había sido relleno para que se pareciera al resto del sótano. No dudé ni un instante que me sería fácil retirar los ladrillos de ese lugar, colocar el cadáver y tapiarlo todo de nuevo como antes, de modo que ninguna mirada pudiera detectar nada sospechoso.

Y no me engañaba en estas cábalas. Con ayuda de una palanca arranqué fácilmente los ladrillos y, habiendo colocado con cuidado el cuerpo contra la pared de dentro, lo sostuve en esa posición, mientras, con no mucho esfuerzo, volví a colocar toda la estructura tal como estaba anteriormente. Tras haberme hecho con mezcla de argamasa, con todas las cautelas posibles preparé un mortero que no podría distinguirse del anterior, y lo apliqué con mucho esmero sobre el nuevo tabicado. Acabada la tarea, quedé satisfecho con el resultado. La pared no presentaba el menor indicio de haber sido manipulada. Recogí del suelo los escombros con sumo cuidado. Miré a mi alrededor con aire triunfante, y dije para mis adentros: «Al menos en este caso, mi trabajo no ha sido en vano».

El siguiente paso que di fue buscar al animal que había sido el causante de tanta desdicha, porque había tomado ya, por fin, la firme determinación de darle muerte. De haberme encontrado con él en aquel momento, no habría habido duda alguna de su suerte. Pero parecía que el astuto animal se había alarmado de la violencia de mi anterior enojo, y se abstuvo de aparecer por allí, dado mi estado de ánimo. Es imposible describir o imaginar la profunda, la bendita sensación de alivio que la ausencia de tan odiosa criatura provocó en mi ánimo. No hizo acto de presencia en toda la noche; y de este modo, al menos por una noche desde que lo traje a casa, dormí profunda y tranquilamente; sí, ¡dormí incluso sintiendo el peso del crimen sobre mi conciencia!

Transcurrieron el segundo y el tercer día sin que apareciera mi torturador. Una vez más respiré como un hombre libre. ¡El monstruo, aterrorizado, había huido de la vivienda para siempre! ¡No lo volvería a ver nunca más! ¡Mi dicha era indescriptible! El sentimiento de culpa por mi execrable acto apenas me inquietaba. Se habían hecho algunas indagaciones, pero ya habían sido debidamente contestadas. Incluso se había emprendido un registro, pero, por supuesto, nada habían encontrado. Consideré que mi futura felicidad estaba asegurada.

Al cuarto día del asesinato, una brigada de policías se presentó de forma inesperada en casa y procedió de nuevo a hacer una rigurosa investigación de la vivienda. Confiado, sin embargo, en la imposibilidad de dar con el lugar de ocultamiento, no sentí la menor turbación. Los agentes me pidieron que les acompañara en la búsqueda. No dejaron ni un rincón sin examinar. Finalmente, por tercera o cuarta vez, descendieron al sótano. No me temblaba ni un solo músculo. Mi corazón latía pausadamente como el de aquel que

duerme con la conciencia tranquila. Recorrí el sótano de punta a cabo. Iba cruzado de brazos y deambulaba tranquilamente de un lado para otro. Los policías estaban plenamente satisfechos y se dispusieron a marcharse. El júbilo de mi corazón era tan intenso que no podía reprimirlo. Ardía en deseos de decir tan solo una palabra, a modo de triunfo, y redoblar la confianza de ellos en mi inocencia.



—Señores —dije al fin, cuando la brigada subía la escalera—. Me complace haber disipado sus sospechas. Les deseo mucha salud y un poco más de cortesía. Y a propósito, señores, esta, esta es una casa muy bien construida. (En el deseo ferviente de decir algo que sonara a casual, apenas me daba cuenta de lo que estaba diciendo.) Puedo asegurar que es una casa excelentemente construida. Estas paredes —¿ya se van ustedes, señores?—, estas paredes están sólidamente levantadas.

Entonces, guiado por la simple locura del atrevimiento, golpeé con fuerza con un

bastón que llevaba en la mano justo sobre la misma parte del tabique tras la cual se hallaba el cadáver de la esposa de mis entrañas.



¡Pero quiera Dios protegerme y librame de las garras del archienemigo! ¡En cuanto se

extinguió el eco de mis golpes, me contestó una voz desde dentro de la tumba! Era un grito quejumbroso, primero sofocado y quebrado, como el sollozo de un niño, que rápidamente se convirtió en un largo, penetrante y prolongado chillido, totalmente anormal e inhumano; un aullido, un alarido lastimero, mitad de horror y mitad de triunfo, como el que podría haber surgido solo del infierno, proferido al unísono por las gargantas de los condenados en su agonía y de los demonios que gozan de la condenación.

De mis propios pensamientos es absurdo decir nada. Desmayado, me fui tambaleando hasta la pared opuesta. Durante un instante, la brigada de agentes que estaba en la escalera se quedó sobrecogida por el terror y la angustia. A continuación, una docena de robustos brazos arremetieron contra el muro. Se desplomó al instante. El cadáver, ya muy descompuesto y lleno de sangre coagulada, se mantenía erguido ante los ojos de los presentes. Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y su único ojo refulgente, estaba agazapada la odiosa bestia cuya astucia me había inducido al crimen y cuya voz delatora me había traicionado entregándome al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo dentro de la tumba!



1. El término *hombre* es aquí el término general, tomado del masculino para «género humano», al igual que en inglés *man*. En cambio, en alemán, entre otras lenguas, hay un término, *mensh*, que se diferencia del masculino *mann* y *weib* y no induce a ambigüedad.

2. *Peces de colores*: suelen ser de color dorado o anaranjado. En inglés, *goldfish* es más limitador, aunque tenga la misma referencia.

3. *Pluto*: significa en la mitología griega el dios de la riqueza (de ahí «plutócrata»), hijo de Pasión y de la diosa Deméter. Zeus lo dejó ciego para que repartiera por igual a todos los mortales. A menudo está representado por la imagen de un niño que porta el cuerno de la abundancia. Véase «Plutón» en un diccionario de mitología.

4. Instrumento ya inservible hoy. Era una navaja para sacar punta a las plumas naturales cuando se gastaban debido al frecuente uso.

Actividades

El relato

1. Resume en breves líneas lo que ocurre en el relato.
2. ¿Cómo es el ambiente de su hogar cuando el protagonista se casa?
3. ¿Cuál es la relación del gato Pluto con el protagonista?
4. ¿Por qué cambia la actitud del protagonista hacia el gato en un momento dado? ¿Qué ocurre exactamente? ¿Por qué más tarde ahorca al gato?
5. ¿Qué ha ocurrido para que el protagonista se quede en la ruina?
6. ¿Cuál es la explicación que se da a sí mismo sobre la aparición de la silueta del gato en el muro de la casa?
7. ¿Cuál es su actitud respecto al segundo gato? De sus rasgos físicos, ¿cuál es el que más le repele?
8. El final terrible del relato empieza a desencadenarse cuando ven que la mancha blanca del gato se va definiendo cada vez más. Esto provoca unas sensaciones en el protagonista. ¿Cuáles?
9. ¿Cómo sucede la muerte de la esposa?
10. ¿Cuál es el final del relato: qué pasa exactamente? Anota tu interpretación sobre el final.
11. Expresa tu opinión justificada sobre la calidad literaria del relato.

Los personajes

1. ¿Cuál es la actitud que muestra el narrador al principio del relato cuando expresa: «Pronto voy a morir y hoy quisiera desahogar mi alma», relatando lo que él llama «acontecimientos domésticos».
2. El carácter del protagonista va evolucionando: Expresa cómo era de niño, cómo era de recién casado y cómo se muestra a medida que avanza el relato.
3. ¿Cuáles de los hechos que ocurren se relacionan con la maldad del protagonista?
4. Contrasta el carácter del protagonista con el de su esposa.
5. ¿Por qué sabemos solo el nombre del gato y no el del resto de los personajes?
6. ¿Cuál es la creencia popular sobre los gatos negros? ¿Todavía hoy se piensa lo mismo?

Los espacios

1. Dibuja en blanco y negro con los datos que obtengas del relato y acudiendo a tu imaginación:
 - a. La casa del protagonista
 - b. La taberna donde encuentra al segundo gato
 - c. El sótano

Ngo Van y Hélène Fleury

*La cueva maravillosa
y otros cuentos populares
de Vietnam*



OCTAEDRO

La cueva maravillosa

Van, Ngo

9788499216430

70 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En esta colección de relatos de la tradición oral popular vietnamita se describen, sin embargo, los logros y los dramas, las esperanzas y los sueños de todos los seres humanos. Son historias de antaño y de siempre. Y desde Vietnam han llegado para explicarnos que muchas de nuestras tradiciones (como nuestros sueños) son también universales.

El lector encontrará aquí veinte cuentos de gran belleza, algunos de ellos a caballo entre la leyenda y la historia, como Las hermanas Trung , Vida y muerte del rey Lía , El rebelde y el mandarín o La princesa y el pescador.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

NARRACIONES SOLARIS

JAQUE AL REY

PARA ENTENDER
el mundo del Cantar de Mio Cid

Francisco Rincón Ríos



Jaque al rey

Rincón Rios, Francisco

9788499214672

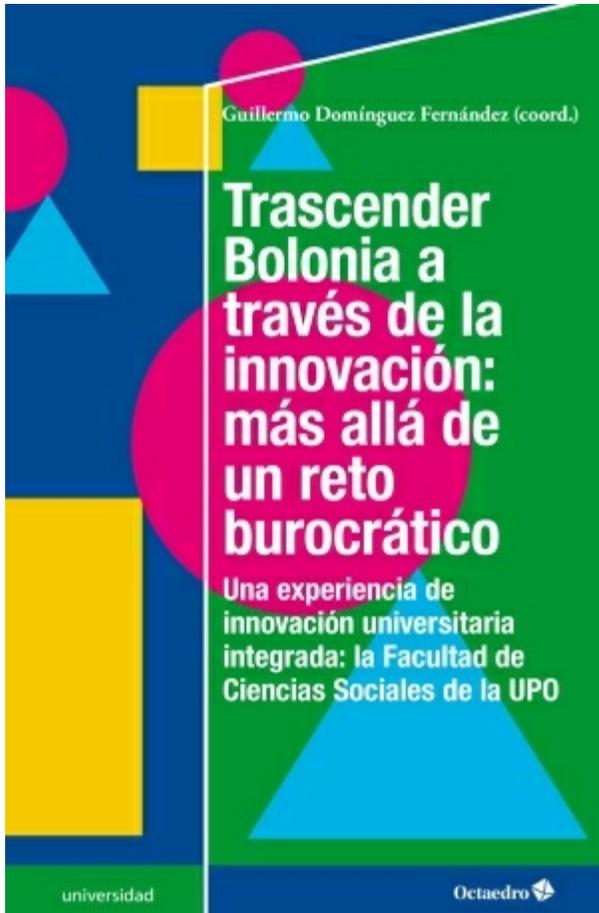
256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Don Armillo fue un juglar que vivió en Burgos en 1221. Y, según Menéndez Pidal, es probable que interpretara el Poema de Fernán González y el Cantar de Mio Cid. Pero el único conocimiento que tenemos sobre la interpretación de estos poemas es esa leve sospecha del gran investigador. Ignoramos los destinatarios, la forma, los acompañamientos y, sobre todo, las motivaciones, que en el caso del poema de Mio Cid debieron de ser más que económicas. Quien lo interpretase, en vez de ganarse la vida, se la estaba jugando, pues la segunda mitad del cantar se dedica a insultar a una de las casas más poderosas de Castilla, la de Carrión.

El encargo de recitar el poema durante la fiesta de colocación de la primera piedra de la catedral de Burgos, el 20 de julio de 1221, termina con la vida tranquila de Don Armillo y desata una serie de fuerzas y tensiones destructivas, latentes en los reinos peninsulares del siglo XIII.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Trascender Bolonia a través de la innovación: más allá de un reto burocrático

Domínguez Fernández, Guillermo

9788499218656

220 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta publicación es el resultado del trabajo de toda la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pablo de Olavide, UPO (profesorado, alumnado, PAS y tutores externos), que, con los diferentes equipos decanales que han ocupado el cargo de innovación y responsabilidad de estos proyectos (desde el 2009 al 2015), han gestionado y dinamizado las tres fases del proyecto que aquí se presenta. Todos han intentado hacer del proceso necesario para los nuevos planes de estudios de grado algo más que una respuesta burocrática a la demandas de Bolonia y su concreción por las diferentes administraciones educativas. El periodo mencionado de acciones desarrolladas se estructura en tres fases: a) creación de espacios para el intercambio de experiencias y buenas prácticas del profesorado, y elaboración del Verifica y de las guías docentes (2009-2011); b) desarrollo de los planes de estudios y constitución y desarrollo de las comunidades pedagógicas de aprendizaje y la elaboración de los Modifica (2011-2013); c) validación de los planes de estudios a través de las competencias adquiridas y transferidas por el alumnado en las prácticas como base de los autoinformes de las acreditaciones de las diferentes titulaciones (2014-2015).

[Cómpralo y empieza a leer](#)

con vivencias

El filósofo desnudo

Alexandre Jollien



Octaedro 

El filósofo desnudo

Jollien, Alexandre

9788499214917

184 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cómo vivir más libremente la alegría cuando nos tienen presos las pasiones? ¿Cómo atreverse a distanciarse un poco sin apagar un corazón? A partir de la experiencia vivida en carne propia, Alexandre Jollien intenta, en este libro, diseñar un arte de vivir que asume lo que resiste a la voluntad y a la razón.

El filósofo se pone al desnudo para auscultar la alegría, la insatisfacción, los celos, la fascinación, el amor o la tristeza, en resumen, lo que es más fuerte que nosotros, lo que se nos resiste... Citando a Séneca, Montaigne, Spinoza o Nietzsche, Jollien explora la dificultad de practicar la filosofía en el corazón de la afectividad. Lejos de dar soluciones o certidumbres, Jollien, junto a Hui Neng, patriarca del budismo chino, descubre la frágil audacia de desnudarse, de desvestirse de uno mismo. Tanto en la adversidad como en la alegría, nos invita a renacer a cada instante lejos de las penas y de las esperanzas ilusorias.

Esta meditación inaugura un camino para extraer la alegría del fondo del fondo, de lo más íntimo de nuestro ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Aguirre Lipperheide, Mercedes

9788499217529

248 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La doctora en Biología Mercedes Aguirre Lipperheide (Getxo, 1966) tiene ya publicados dos extensos libros relacionados con la alimentación, la suplementación y la salud: Guía práctica de la salud en la infancia y la adolescencia (Octaedro, 2007) y Salud adulta y bienestar a partir de los 40 (Octaedro, 2011). En este tercer libro, saca a relucir la importancia que la alimentación (y puntualmente la suplementación) puede llegar a tener de cara a apoyar el desarrollo cognitivo y emocional de niños y adolescentes, un aspecto que gana más relevancia, si cabe, en aquellos jóvenes que tienen un problema declarado en dichos ámbitos. La escalada de niños etiquetados con algún problema de aprendizaje y/o comportamiento (TDA/TDAH, problemas de concentración, dislexia, etc.) resulta en ocasiones llamativa y necesariamente requiere un análisis más profundo sobre sus posibles orígenes.

En esto se centra precisamente este libro. Por un lado, se intenta explicar al lector, de una manera didáctica y cercana, las bases que sustentan una adecuada maduración cerebral, para luego poder entender qué puede ir mal en este proceso que explique posibles problemas de aprendizaje y/o comportamiento (primera parte). La segunda parte del libro, más extensa, se centra en analizar nuestra alimentación y el modo en que puede afectar, para bien o para mal, el desarrollo cognitivo y/o de comportamiento de niños y adolescentes.

Este enfoque es, sin duda, novedoso y a buen seguro va a ayudar a muchos padres a entender mejor cómo apoyar las necesidades de sus hijos, bien sea para reforzar un adecuado desarrollo cognitivo y emocional o, en caso de existir alguna alteración, para superarla con mayor éxito.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Portada	3
Créditos	4
Introducción	5
El autor: Edgar Allan Poe	5
Su vida	5
Su obra	6
El gato negro. Edgar Allan Poe	7
El gato negro	8
Actividades	26
El relato	26
Los personajes	26
Los espacios	26